

*Aldous Huxley:*

# A cincuenta años de su muerte

Ignacio Solares

*El escritor inglés abarcó una diversidad de géneros —la novela, el relato, la poesía, el ensayo, el guión— y en todos planteó su aguda forma de observar la experiencia humana, al grado de que trascendió su condición de autor de literatura para convertirse en el profeta de una época extrema. Se trata de Aldous Huxley, de quien Ignacio Solares traza el siguiente perfil.*

Aldous Huxley murió el 22 de noviembre de 1963, el mismo día en que fue asesinado el presidente John F. Kennedy. Recuerdo haber visto en el *Excelsior* una breve nota en páginas interiores, a dos columnas, que anunciaba: “Murió Aldous Huxley, escritor y profeta”. ¿Pero quién podía ese día prestar atención al escritor y profeta si habían asesinado al presidente de la nación más poderosa del planeta? La cruda realidad nos vuelve míopes y cualquier profecía, por certera que sea, sobre el futuro próximo, empalidece ante los hechos inmediatos. Lo cierto es que esas dos muertes coincidentes son también un símbolo: la de Huxley, privada, serena, esperada con resignación, contrasta notoriamente con la otra: pública, brutal, dramática. El mundo entero se estremeció con la muerte de Kennedy y sus posibles consecuencias políticas, y mientras Estados Unidos se entregaba a innumerables pompas fúnebres, retóricos discursos y remordimientos con golpes de pecho, que ocupaban la mayor parte del tiempo de la televisión y de los dia-

rios, el cuerpo de Huxley era incinerado en silencio, sin cortejo, sin ceremonia alguna.

Doireann MacDermott, una de sus biógrafas, nos cuenta que tan sólo once personas, entre familiares y amigos íntimos, se reunieron para dar un breve paseo recordatorio a lo largo del sendero por donde, un poco más allá de su casa, solía caminar el propio Huxley. Una semana después, en Londres, un grupo de deudos organizó otro acto en el que Yehudi Menuhin interpretó el cuarto concierto de Brandenburgo de Bach en honor del amigo muerto. Dos despedidas sencillas, propias de quien se caracterizó siempre, precisamente, por la sencillez de su vida. “Un hombre es más rico conforme a más cosas es capaz de renunciar”, escribió en su novela *Contrapunto*. Sybille Bedford, por su parte, cuenta sobre los últimos momentos de Huxley una anécdota que parece definir al “último” Huxley. Unas horas antes de morir, cuando ya era incapaz de articular palabra, escribió en un bloc: “LSD. Pruébenlo. Intramuscular. 100 ml”.

Huxley no había tocado sustancia psicodélica alguna desde que terminara *Las puertas de la percepción* en 1953, libro que dedicó al tema de la alteración de la conciencia mediante las drogas. Su esposa Laura tuvo la certeza de que elegía libremente, a pesar de haber entrado en agonía, y accedió. Ella misma le puso la inyección. En *Isla*, su última novela, Huxley habla precisamente de un personaje que *in extremis* toma una droga expansora de la mente. Quizá de veras, como decía Henry Miller, todo escritor está condenado a vivir (o a desear vivir) lo que escribe.

Bedford también cuenta sobre lo sucedido el día anterior a la muerte de Huxley:

El día 21 Aldous pidió que le releyeran un artículo que acababa de escribir sobre “Shakespeare y la religión” y se distrajo al escucharlo, agregando un adjetivo o alguna coma. Cuando llegó el doctor Cutler volvió a hablar sobre cuán diferente era el universo del hombre enfermo del hombre sano. Y lo dijo, afirmó después Cutler, con esa voz de maravillosa persuasión. No había ninguna amargura en sus observaciones, sólo objetividad desapasionada. Hablaron un rato sobre la naturaleza del cáncer; una conversación entre dos científicos más que entre un médico y un paciente. Cutler dijo: “Aldous poseía un fondo inusitado de conocimiento médico; aunque yo era el doctor, era él quien verdaderamente sabía sobre el tema, además de que con su resignación levantaba mi moral y la de su propia esposa”.

Y de los últimos instantes:

Aldous se quedó muy quieto. Laura sintió que aún se hablaba lúcido, pero aliviado y en paz. Permaneció junto a él, sosteniendo su mano entre las suyas, hablándole, diciéndole que se soltara, que se dejara ir, que rompiera las amarras terrestres, ayudándolo como él ayudó a María [la primera esposa de Huxley]. Veinte minutos después de las cinco de la tarde, muy tranquilamente, Aldous Huxley murió.

Ninguno de los que presenciaron la muerte apacible y lúcida de Huxley —quizá la mejor de sus profecías— sabía que, para esas horas, el mundo entero se convulsionaba con la muerte de Kennedy. ¿Por qué la coincidencia, palabrita sospechosa? Tal vez el futuro nos permita tener acceso a esa “otra” dimensión de la muerte (lo que es decir: de la vida), como nos lo demostró el gran escritor inglés, no sólo con sus previsiones acerca del destino de la humanidad sino sobre la trascendencia del alma humana en otros planos.

Huxley, como pocos escritores, supo transitar en forma admirable entre el “más allá” y el “más acá” (en especial el “primer” Huxley). Isaiah Berlin lo retrató así en *Impresiones personales*:

Fue un humanista en el sentido más literal y honorable de esta palabra, de la que tan atrocemente se ha abusado... Tenía una causa y la servía. La causa era hacer ver a sus lectores, científicos y laicos por igual, las conexiones, hasta entonces inadecuadamente investigadas y descritas, entre regiones artificialmente divididas: físicas y mentales, sensuales y espirituales, internas y externas... Con esa singular sensibilidad hacia los contornos del futuro que a veces poseen los artistas impersonales, fue el heraldo de lo que seguramente será uno de los grandes avances de este siglo y del próximo: la creación de nuevas ciencias psicofísicas, de descubrimientos en el ámbito de lo que en la actualidad, por falta de un término mejor, llamamos las relaciones entre cuerpo y espíritu.

En una carta del 21 de octubre de 1949 Huxley escribió a George Orwell, a raíz de la publicación de *1984*, una de sus profecías:

Dudo que las grandes tiranías políticas de la bota-en-la-cara, como las de la URSS, lleguen al final del siglo. En el curso de las próximas generaciones, me parece, los amos del mundo descubrirán que el condicionamiento a través de los medios de comunicación (crecientemente hipnóticos, como la televisión) y del consumo compulsivo (lo que supuestamente producirá sociedades más “felices”), son más eficaces como instrumentos de gobierno que los garrotes y los calabozos. La avidez de poder de esos gobernantes puede satisfacerse, me parece, si mediante la sugestión se logra que la gente ame su servidumbre, tanto como si a latigazos y puntapiés se les impone la obediencia. En otras palabras, en mi opinión la certera profecía de *1984* está destinada a atemperarse conforme avanza el siglo, y llegará finalmente a ganar terreno la pesadilla de un mundo más cercano al que imaginé en *Un mundo feliz*. ¡Qué espantoso suponerlo! Suena de lo más escéptico decirlo, pero el cambio de *1984* a ese supuesto *Mundo feliz* se producirá como resultado de una mayor degradación humana y una necesidad de mayor eficacia política.

En *Un mundo feliz revisitado*, apenas nueve años después de la carta anterior, confirmó sus puntos de vista y escribió que, quizá, fuera la televisión el descubrimiento más importante del siglo XX para conseguir lo que él apenas entrevió en su *Mundo feliz*—desde luego, faltaban años para que apareciera Internet, que de alguna forma sí previó Orwell—. Sentados ante sus televisores—en donde cualquier historia o noticia, por dramática que sea, se “ablanda”, se “trivializa”, dice Huxley, adelantándose a McLuhan en la idea de que el medio es el mensaje—, sentados cómodamente ante su televisor, y con garantía de pan suficiente a la hora de comer, ¿quién tiene interés en gobernarse o confrontarse a sí mismo? ¿Quién, ya ahí, quiere ser libre? Termina el capítulo

Huxley con una cita de “El gran inquisidor” de Dostoievski: “Al final pondrán su libertad a nuestros pies y nos dirán: ‘Hágannos sus esclavos pero aliméntennos’”. O sea: aliméntennos con pan y con televisión.

El “primer Huxley” fue un desencantado de toda religión, a las que veía con ironía y escepticismo, como quedó asentado en su libro de ensayos *Haz lo que quieras*, que se negó a reeditar en vida. Pero de repente, la ironía y el escepticismo cedieron terreno a una cierta “conversión” que intentaba extraer lo mejor de cada religión. El momento de este cambio es fácilmente detectable y coincide, curiosamente, con su estancia definitiva en el desierto de Mojave, en el suroeste de Estados Unidos. Aquellas vastedades, apenas pobladas por arbuscos y yerbas, con tan sólo algún promontorio sobre el horizonte y bajo la inmensidad de un cielo que obligaba a “intuir” lo infinito, acabaron con la ironía de Huxley, y despertaron al “otro” profeta, ya no el del mundo externo, del futuro de la humanidad, sino el del mundo interno, el de la trascendencia del alma del hombre.

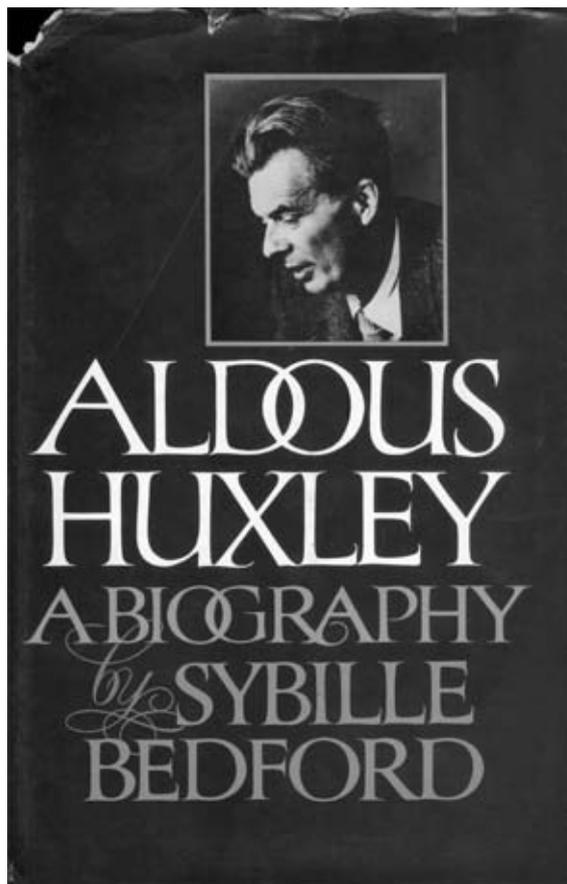
Paseando todas las mañanas por aquellos parajes (su casa estaba enclavada en pleno desierto), aspirando el aire diáfano en un medio de absoluto silencio, Huxley reconsideró su opinión de los místicos y religiosos. Desapareció de su literatura el estado de ánimo inspirador de sus primeros libros. A los tres años de vivir en el desierto, Huxley empezó a hablar de una Divinidad, lo que provocó acres comentarios a su alrededor, como el de su propio editor: “Me temo que un hombre tan escéptico y humorista difícilmente pueda volverse creyente y corre el riesgo de confundir a sus lectores”.

En *La filosofía perenne*, de 1945, aparece, por primera vez en su literatura, un párrafo en que se refiere directamente a una Divinidad, un “Ser hacia el cual es posible sentir la más intensa devoción y con respecto al cual —si se quiere llegar al conocimiento Unitivo, que es la finalidad última del hombre— es necesario practicar una disciplina más ardua e inflexible que cualquiera de las impuestas por una autoridad eclesíástica”.

Resulta curioso que dicha conversión coincidiera también con el hecho de que Huxley recuperara buena parte de su capacidad visual. A finales de los treinta, se enteró de la existencia del Método Bates para recuperar la vista. Luego de practicarlo con férrea dedicación, Huxley dio a conocer que por primera vez en veinticinco años, desde que sus ojos enfermaron debido a la queratitis punctata, pudo leer sin lentes y sin forzar la vista. Incluso fue capaz de manejar un automóvil en los empedrados caminos cercanos a su casa.

En *Un arte de ver*, de 1942, Huxley explicó:

Los oftalmólogos ortodoxos sólo han prestado atención a los ojos y no a la mente, que utiliza los ojos para ver. Me han tratado verdaderas eminencias de su profesión, pero



nunca me informaron de una parte mental de la visión; o de que hay modos erróneos de utilizar los ojos y la mente, así como hay modos correctos, procedimientos anti-naturales y anormales de funcionamiento visual, y procedimientos naturales y normales. Después de atender la infección aguda de mis ojos, en la que demostraron una enorme habilidad, me prescribieron anteojos y me abandonaron. Si yo utilizaba bien o mal mi mente y mis ojos provistos de lentes, les era completamente indiferente a todos los oftalmólogos ortodoxos, igual que el efecto que tendría sobre mi visión ese inadecuado uso.

Aunque en su momento el Método Bates y la encendida defensa de Huxley fueron criticados por oftalmólogos y escépticos, lo cierto es que la idea de poder influir en la realidad y la percepción de esa realidad con el poder de la mente y el espíritu fue también la que llevó a Huxley a emprender la titánica realización de *La filosofía perenne*, por lo que vale la pena citarlo en extenso:

La Filosofía Perenne se ocupa principalmente de la Realidad una, divina, inherente al múltiple mundo de las cosas, vidas y mentes. Pero la naturaleza de esta Realidad es tal que no puede ser directa e inmediatamente aprehendida sino por aquellos que han decidido cumplir ciertas condiciones haciéndose amantes, puros de corazón y pobres de espíritu. ¿Por qué ha de ser así? No lo sabemos. Es uno de esos hechos que hay que aceptar, gústenos o no, y por implausibles e improbables que parezcan. Nada,



Aldous Huxley

en nuestra experiencia diaria, nos da razón alguna para suponer que el agua está compuesta de hidrógeno y oxígeno; sin embargo, cuando sometemos el agua a cierto tratamiento harto duro, se pone de manifiesto el carácter de sus elementos constitutivos. Análogamente, nada, en nuestra experiencia diaria, nos da mucha razón de suponer que la mente del hombre sensual medio posea, como uno de sus ingredientes, algo que se parezca a la Realidad inherente al múltiple mundo o que sea idéntico a ella; sin embargo, cuando esa mente es sometida a cierto tratamiento harto duro, el divino elemento, de que, por lo menos en parte, está compuesta, se pone de manifiesto, no sólo para la mente misma sino también, por su reflejo en la conducta externa, para otras mentes. Sólo haciendo experimentos físicos podemos descubrir la naturaleza íntima de la materia y su poder latente. Y sólo haciendo experimentos psicológicos y morales podemos descubrir la naturaleza íntima del espíritu y su poder latente. En las circunstancias ordinarias de la vida sensual media, este poder continúa latente, no manifestado. Si queremos despertarlo, debemos cumplir ciertas condiciones y obedecer a ciertas reglas, cuya validez ha demostrado empíricamente la experiencia.

Muy distinta es la conversión de Huxley a la de otros autores del siglo pasado, que han enfilado su literatura hacia los supuestos caminos de Dios y de la fe, como Claudel, Mauriac, Bernanos o Graham Greene. Diríamos que en Huxley falta el golpe (certero y contundente) de la Gracia, y por eso él nos refiere a ese aprendiza-

je, a esa disciplina interior, “más ardua e inflexible que cualquiera de las impuestas por una autoridad eclesiástica”. Un personaje de Greene, por ejemplo, no requiere sino su fe, por muy fluctuante que sea, para salvarse: no necesita “hacer nada más”. Los personajes de Huxley de su etapa mística han de recorrer un camino mucho más tortuoso (los de *Ciego en Gaza*, los de *Los demonios de Loudun*, los de *El tiempo debe detenerse* o los de su última novela: *Isla*), a través de la autodisciplina, del control de la mente, de la parapsicología, de la intuición del misterio (Misterio), más que su plena estancia en él. Es el Huxley de la necesidad de medios externos, incluso de la experimentación con las drogas —en lo que también se adelantó al auge de las drogas en los años sesenta y setenta—, como en *Las puertas de la percepción* o *Cielo e infierno*. Quizá por esa necesidad de utilizar todos los medios exteriores a nuestro alcance, o de una feroz autodisciplina interior, fue que se acercó tanto al hinduismo, intentando combinarlo —y nadie antes que él lo había hecho en forma tan brillante— con las mejores prácticas del cristianismo. El resultado es deslumbrante y alentador: nos incita a la práctica más que a la teoría y los condicionamientos ceremoniales de las Iglesias.

Para entender lo anterior, habría que regresar al primer Huxley. Mejor dicho, al Huxley antes de Huxley, a su famoso abuelo Thomas Huxley, a su distinguida familia, a la época victoriana de la cual surgió. Hoy vemos a Aldous Huxley como un autor enclavado en su presente y con la aguda mirada en el futuro (¿quién ha profetizado mejor nuestra época?, ¿quién en 1945 podía prever el fin del imperio socialista ruso “antes de que termine el siglo”, y al igual que Jung, hablar del fin del “mito” del sexo?), porque también fue uno de los últimos grandes representantes de la tradición humanística del siglo XIX. Formado en aquella tradición, tan inglesa, caracterizada por una fuerte disciplina personal y rectitud moral, por una vasta cultura y curiosidad científica, Huxley poseía en forma preponderante el estilo y la flema aristocrática familiar. Quizá por ello su lucha tuvo que ser más denodada. Le faltaba la tendencia y la visión del “desorden”, de que hablaba Baudelaire, para acercarse a Dios.

Esa capacidad visionaria del futuro histórico, además de su propia búsqueda personal de trascendencia, lo llevó a creer firmemente en algo “más allá” de este plano existencial. Pocos autores del siglo XX se adentraron en lo “otro” tanto como Aldous Huxley. En algún momento, al ingerir el LSD (el primero que lo hizo con un fin experimental y científico), habló de que no importaba el camino que eligiéramos mientrasuviéramos presente la leve claridad al final del oscuro túnel en el que transcurren nuestras pobres vidas. Para sus apasionados lectores, esa claridad al final del túnel sigue siendo aún más visible a partir de su prodigiosa obra. **U**